

la división de Leith. Tan cerca se combatía por una parte y otra, que fueron heridos los generales. De los nuestros se contaron los generales Bonnet y Clausel de gravedad suma. De los ingleses el mariscal Beresford y los generales Cole y Leith recibieron heridas más ó menos peligrosas. No era menos violento el combate á nuestra izquierda y á la derecha de los ingleses. Asaltada fué la división de Thomieres en medio de la llanura por la caballería enemiga, perdió á su jefe, muerto sobre el campo de batalla, y replegóse desordenadamente. En su ayuda fué la división de Brenier, si bien fué arrastrada por el movimiento retrógrado, y salió muy maltratada el valeroso regimiento 22 por su empeño en mantenerse firme. El general Clausel, que acababa de reemplazar al general Bonnet en el mando, y que también herido no abandonó el campo de batalla, juzgó conveniente salir de aquella refriega y no aventurar todo por quererse obstinar más tiempo. Así ordenó la retirada y dirigióla con gran presencia de ánimo hacia la meseta que no debiéramos abandonar nunca. Allí atrajo á la división de Ferey, dejada detrás de la de Foy á la extrema derecha, y á la de Sarrut, menos empeñada que las otras divisiones del centro. Detrás de este sólido apoyo se juntaron sucesivamente las divisiones de Thomieres y de Brenier, comprometidas á distancia hacia nuestra izquierda, y las de Maucune y Clausel, violentamente empeñadas hacia el centro. La división de Bonnet, que, situada en el grande Arapil, había cubierto la falda de aquella altura de cadáveres enemigos, se replegó asimismo con un orden imponente. Entonces los ingleses probaron á trepar á su turno las cumbres, sobre las cuales acabábamos de replegarnos; pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante las divisiones de Sarrut y Ferey. Por desgracia éste, jefe de la tercera división, fué herido de muerte. Habiendo cesado al cabo de insistir los ingleses, nuestras divisiones desfilaron una tras otra á espaldas de las de Sarrut y Ferey, en seguida pasaron detrás de la de Foy, siempre situada en la aldea de Calvarosa de Arriba, y desandaron el camino que siguieron por la mañana, con intenciones bien distintas de las de una batalla, y con esperanza de otro resultado muy diverso. Toda la caballería inglesa se precipitó entonces sobre la división de Foy, que, no habiendo aún combatido, tenía el cargo de cubrir la retirada. Formada esta división en cuadro, recibió las masas de la caballería inglesa, les mató mucha gente, y retiróse en buen orden. Así ya de noche se ganaron las orillas del Tormes y lo volvieron á pasar las tropas francesas sin ser perseguidas.

Tal fué esta funesta é involuntaria batalla, denominada de Salamanca ó de los Arapiles, que tuvo para el ejército inglés consecuencias muy imprevistas, pues le proporcionó una victoria inesperada en lugar de una retirada inevitable, y dió principio, según va á verse, á la ruina de nuestros asuntos en España. Ciertamente, sin negar el mérito de lord Wellingtón ni las faltas del mariscal Marmont, éste era el caso de creer en la fortuna, pues el resultado era desproporcionadísimo al mérito del caudillo de los ingleses y á las faltas del capitán de los franceses. ¡Una pelea inesperada, tres generales en jefe heridos uno tras otro, una confusión inaudita tras muchos días de la marcha más firme y venturosa, golpes eran harto terribles y aun puede de-

cirse innecesarios! Esta batalla suministraba una prueba más de que el efecto moral en los sucesos de guerra es muy superior al efecto material las más de las veces.

Si de nuestro lado los generales Thomieres y Ferey fueron muertos, y el mariscal Marmont, y los generales Bonnet, Clausel y Maucune heridos, del lado de los ingleses contóse el general Marchant entre los muertos, y el mariscal Beresford y los generales Cole, Leith y Cotton recibieron heridas no leves. Cinco ó seis mil hombres tuvimos fuera de combate, y se aproximaron á este número los que tuvieron los ingleses. Verdad es que abandonamos nueve piezas de artillería, que, bajadas de las cumbres á la llanura y habiendo perdido sus caballos, no pudieron ser retiradas. No era, pues, de monta la diferencia de los resultados materiales; pero las situaciones habían cambiado del todo. Ya no teníamos probabilidad ninguna de obligar á retroceder á los ingleses; por tanto necesitábamos retrogradar nosotros con un ejército no abatido, aunque sí profundamente irritado por sus prolijas desventuras, al cual no sirvieron ni su incomparable denuedo, ni su resignación á los padecimientos más crueles, y que ya por una causa, ya por otra, y casi siempre por falta de armonía entre los generales, fué constantemente sacrificado. Necesario era llevarle detrás del Duero, y quizá más allá si quería volverle á infundir confianza, y la resolución de mostrarse nuevamente adicto á una guerra que en su buen juicio consideraba detestable, y á generales á quienes acusaba de todos sus infortunios. Al revés, ya lord Wellingtón era dueño de sostener la campaña en Castilla y á espaldas de los franceses, pues en ninguna parte había fuerza capaz de hacerle cara. Delante de su ejército se iba á ver obligado el de Portugal á replegarse hasta que encontrara al ejército del Norte, esto es, á larga distancia: débil en demasía era el ejército del centro para que osara acercársele; se hallaba fuera de alcance el ejército de Andalucía; por todo lo cual á elección del caudillo inglés quedaba perseguir al general Clausel para tratar de destruirle, ó lanzarse sobre Madrid para entrar allí en triunfo. Tales eran las crueles consecuencias de la mala voluntad de los que no socorrieron al ejército de Portugal en tiempo oportuno, y de la imprudencia de los que le comprometieron á una batalla inútil.

Por fortuna de este ejército le llegaba, aunque tarde sin duda, un jefe digno de mandarle, y todavía con provecho. El general Clausel era joven, vigoroso de cuerpo y alma, poco instruído á la verdad y negligente con frecuencia, pero de imperturbable sangre fría, alternativamente impetuoso ó contenido, dotado de un golpe de vista superior sobre el terreno, y soportando, mitad por indolencia, mitad por energía de su mente, á pesar de no haber mandado nunca en jefe, las ansiedades del mando ni más ni menos que los más insignes capitanes. Estimado de los soldados por su denuedo, amado por su hombría de bien, figuraba como el único que aún pudiera alcanzar alguna sumisión de ellos y hacerles sufrir, sin que se sublevaran, ejemplos de severidad.

Tomando, herido como estaba y de manos de generales también heridos, el mando en jefe, y tomándolo en medio de una derrota, apareció tan poco turbado, que en los espíritus volvió á reinar la calma y con la calma el orden. Sobre el Duero retrocedió el 23 de ju-

lio lo más rápidamente que le fué posible. Habiendo intentado los ingleses perseguirle con su caballería, les recibió en cuadro y maltratóles. Desgraciadamente un cuadro del 6.º de ligeros experimentó algún daño por no formarse á tiempo, único accidente que sobrevino de esta clase. Pronto hallóse detrás del Duero, desembarazado de los ingleses, pero asaltado por una nube de guerrilleros, que, sin hacernos correr ningún peligro grave, degollaban á nuestros heridos, á nuestros rezagados y á nuestros forrajeadores. Nuestros víveres estaban agotados por haber consumido las tropas durante algunos días de maniobras los recursos que el mariscal Marmont les había proporcionado. Irritados los soldados por las crueldades de que eran víctimas sus camaradas ante sus ojos, saqueaban, no sólo con codicia, sino con barbarie, cuidándose poco de aniquilar un país inhospitalario, que no podían guardar, y adonde esperaban no volver nunca. Mucho trabajo costó al general Clausel reprimir tales excesos, y repetidas veces sintió expirar la autoridad en sus manos. Sin embargo, gracias á su conducta, no cesó el ejército de presentar un conjunto que lord Wellingtón, en su laudable prudencia, no quiso acometer de nuevo.

A la sazón llegaba al cabo una parte de los socorros pedidos tan reiteradamente, tan sin fruto aguardados, y cuya inverosimilitud, después de tan larga espera, había contribuído á arrastrar al mariscal Marmont á operaciones temerarias. Ya el primer día de la retirada encontró el general Clausel unos mil hombres enviados al fin por el general Caffarelli, y que consistían en dos regimientos de caballería y un destacamento de artillería montada. Grande irrisión era sin duda, y merecía una reprensión severa, si el general Caffarelli no tuviese por excusa su buena fe y la turbación que le había producido la aparición de las escuadras inglesas en las costas de Vizcaya. Valeroso, pero falto de presencia de ánimo, creyó en un desembarco formidable, y envió no más que mil hombres en lugar de los diez mil prometidos. Otro socorro, decisivo si llegara á tiempo, fué, no hallado, sino anunciado por un despacho de José en el instante en que el ejército repasaba el Duero. Este socorro se aproximaba á trece mil hombres, y lo componía casi todo el ejército del centro, que, desesperando de su causa, se había resuelto José á llevar á Salamanca en persona, gastando más lentitud aún en anunciarlo que en conducirlo. Salido había de Madrid el 21 de julio, y aunque tarde, no lo fuera del todo, si con tres ó cuatro días de anticipación participara al mariscal Marmont este movimiento. Desgraciadamente no escribió hasta el 21, día de su salida de Madrid, y era imposible que el mariscal Marmont tuviese noticia del socorro el 22 en Salamanca. Prevenido á tiempo, este mariscal esperara sin duda, y aunque el número no sea un recurso seguro en una batalla tan mal comprometida como la de Salamanca, probablemente semejante refuerzo determinara á lord Wellingtón á levantar el campo á toda prisa, ó provocar combinaciones diferentes. De todos modos, gran desdicha fuera menester para que cincuenta y cinco mil franceses, tales como hubieran compuesto el ejército de Portugal después de recibir este socorro, quedasen abatidos por cuarenta mil ingleses, aumentados con quince mil españoles y portugueses.

¿Cómo llegaba así este socorro? ¿Cómo llegaba tan tarde? ¿Cómo llegaba en suma? Es lo que hay que conocer ahora. Según se ha visto, José había expedido al mariscal Soult, no la orden de situar al conde de Erlón enfrente del general Hill, para seguirle adonde fuera, sino la más adecuada á las circunstancias de destacar inmediatamente diez mil hombres sobre el Tajo, para enviarlos al ejército de Portugal, y de desprenderse de estos diez mil hombres ó de su mando. Además José había autorizado al mariscal Soult para restringir la ocupación del territorio de Andalucía, si se consideraba debilitado para guardarla toda. Al parecer semejante orden no admitía tergiversación ni réplica alguna, y ciertamente no la hallara, si procediera de un poder capaz de infundir respeto, esto es, Napoleón en persona. Pero no fué así, pues valiéndose el mariscal Soult de un argumento ya usado, declaró que estaba pronto á la obediencia, bien que bajo una condición que debía revelar á las claras, la de la evacuación inmediata y completa de Andalucía, siéndole imposible mantenerse allí con diez mil hombres de menos. Este aserto era muy cuestionable. Contando el ejército de Andalucía muy cerca de sesenta mil combatientes, entre los noventa mil hombres de su efectivo, con cincuenta mil podía guardar por algún tiempo aquel territorio. Doce mil hombres bastaban en Granada, doce mil delante de Cádiz, y con veinticinco mil en los alrededores de Sevilla se podía hacer frente á todos los sucesos durante algunas semanas, y especialmente contener al general Hill, no mandando más de quince mil hombres, y no pensando por otra parte en abandonar á Badajoz. No había el mariscal Soult dejado tantos ni con mucho, cuando se trasladó á Extremadura, ora para sitiarse á Badajoz, ora para dar la batalla de la Albuera. A esta nueva especie de negativa disfrazada, añadía el mariscal Soult consejos sobre el mejor plan de campaña contra los ingleses. Decía que, si se anhelaba apartarlos del Norte de la Península, había un medio seguro de lograrlo, y era el de reforzar el ejército de Andalucía, en vez de disminuirlo, llevarle todo el ejército del centro, quizá el de Portugal de igual modo, y entonces, temiendo lord Wellingtón por Lisboa, se vería forzado á trasladarse del Norte al Mediodía.

Desde luego esta conducta era formalmente opuesta á las instrucciones por las cuales Napoleón había prescrito sacrificarlo todo al mantenimiento de las comunicaciones con Francia por las provincias del Norte, con cuya idea hizo independiente al ejército del Norte del ejército de Portugal, y trajo á éste del Tajo al Duero, á riesgo de aislar más unos de otros á estos ejércitos que tanta necesidad tenían de estar juntos. Pero, aparte de esta violación de las órdenes de Napoleón, ¿se concibe lo que viniéramos á ser en España, si hallándose entregados el Norte y el centro de la Península á los ingleses, y dominante lord Wellingtón desde Vitoria hasta Bailén é insurreccionando todas las poblaciones con su presencia, se encontraran nuestros ejércitos confinados en Andalucía?

Por lo demás el rey José no pedía al mariscal Soult consejos, sino refuerzos para el ejército de Portugal. Viendo que no podía conseguirlos, difirió para más tarde el cuidado de explicarse con el jefe del ejército de Andalucía, y noticioso hora por hora del peligro

creciente del mariscal Marmont, abrazó al fin el partido de ir personalmente en su ayuda. Quizá pudo estar ya pronto el 17 de julio, y partiendo con esta fecha llegara á tiempo delante de Salamanca. Pero habiendo puesto el mariscal Suchet á su disposición la división italiana de Palombini, y pudiendo ser llevada á Madrid esta fuerza, prefirió José operar con doce ó trece mil hombres en vez de diez mil, y por este motivo esperó hasta el 21 de julio. Reforzado con tres mil italianos, tenía á sus órdenes diez y ocho mil hombres. Estaba resuelto á no dejar más que cinco mil de Madrid á Toledo, y á marchar con los demás á la provincia de Salamanca. Aún era tiempo entonces, si se apresurara á comunicar al mariscal Marmont el aviso. Lo omitió por desgracia, y sólo el 21 escribió José á Marmont su partida y el principio de su movimiento (1). Llegado el 23 á Villacastín, no supo hasta el 24 por vagos rumores la funesta batalla de Salamanca, y se mantuvo á distancia de los ingleses por no exponerse á una catástrofe en persona. Pero no quiso retroceder camino y volver á pasar inmediatamente las cumbres del Guadarrama, con la intención de prestar algún servicio al ejército de Portugal si estaba á su alcance. Sólo con su presencia prestó uno verdadero, y fué el de ocupar la atención de lord Wellington. Habiéndose comunicado con el general Clausel, y sabiendo que éste deseaba que el ejército del centro se mantuviese algún tiempo más á la vista, á fin de que lord Wellington aflojara el paso, permaneció en el respaldo del Guadarrama hasta que el ejército de Portugal se hubo retirado tranquilamente sobre Burgos, y le obligaron á replegarse hacia Madrid sus propios peligros. A esta capital regresó hondamente afectado, y no esperando más que desastres de la deplorable situación en que le iba á poner el suceso de Salamanca. De vuelta estuvo el 9 de agosto de aquella excursión que pudo ser tan fructuosa, y lo fué tan poco.

Desgraciadamente el partido que había que tomar estaba hartamente indicado por la índole de las cosas y por el rudo golpe que se acababa de sentir encima. Batidos por no reunirse á tiempo contra el enemigo de todos, se hacía aún más evidente la necesidad de concentrarse cuanto antes, y de hacer expiar la jornada de Salamanca á los ingleses en una gran batalla, dada con todas las fuerzas de que los franceses disponían en España. Pero no se podía alcanzar esta concentración de fuerzas

(1) El mariscal Jourdan, siempre justo, siempre veraz en sus Memorias, impresas por completo, salvo algunos ligeros cortes, en las Memorias del rey José no ha explicado esta singular omisión, que fué una verdadera desgracia, pues de aquí tuvo origen el que el mariscal Marmont, no contando con el ejército del centro, no le aguardase. Por lo demás el mariscal Jourdan, completo en sus explicaciones todas, sólo halla dificultad en justificarse relativamente á la lentitud de las resoluciones, pues casi siempre, haciendo obrar á José con prudencia, le hacía obrar hartamente despacio. Efectivamente se necesitan más ardimiento y juventud que tenía el mariscal ilustre, para dar á José la vivacidad de impulso de que carecía, siéndole indispensable hasta lo sumo. Tal fué el juicio que Napoleón formó sobre todo este suceso, tan luego como se hubo aplacado acerca del desastre de Salamanca de manera de mostrarse más justo respecto de su hermano y del mayor general. Aprobó sus determinaciones, pero las consideró tardías. En el primer momento de irritación se manifestó severo en demasía, porque ignoraba los hechos que nunca supo del todo: algo mejor enterado más tarde y un poco sosegado, se atuvo al cargo de lentitud en que persistió siempre.

(N. del A.)

sino por virtud de la evacuación inmediata de Andalucía, evacuación sensible, y que José deploraba sobremanera al decretarla, pues su efecto moral debía ser funesto, y el gobierno de Cádiz no podría menos de recibir aliento poderoso. Conviene añadir que iban á ser interrumpidas y probablemente abandonadas ciertas intrigas con los descontentos de Cádiz y cuyo objeto propendía á ganar para la causa de José á más de un personaje. Efectivamente, al operar las cortes de Cádiz reformas apreciables, si bien prematuras ó excesivas á veces, produjeron hondas divisiones, y muchos hombres, cansados unos de guerra, temerosos otros de una revolución en España parecida á la francesa, se inclinaban á adherirse al gobierno de José en la creencia de que sin revolución les daría paz y reformas. A hombres que pensaban y se expresaban de este modo debíamos en parte la sumisión de Aragón, de Valencia y Andalucía. Tales indicios de sumisión iban á desaparecer con la evacuación de este último territorio, y no menos que el mariscal Soult lo repugnaba su monarca. Pero, como para dispensarse de tamaño sacrificio se necesitara batir á los ingleses, y como no había manera de lograrlo, únicamente el abandono inmediato y completo de Andalucía podía evitar las mayores desgracias. De consiguiente José escribió al mariscal Soult una carta severa, ordenándole de un modo absoluto con la intimación de entregar el mando al conde de Erlón si rehusaba la obediencia, evacuar á Andalucía, esto es, las líneas de Cádiz, Granada y Sevilla, salvar cuanto pudiera y replegarse hacia la Mancha. Con la incorporación al ejército del centro de los sesenta mil combatientes del mariscal Soult se podía conservar á Madrid, y la agregación del ejército de Portugal suministraría el medio de ir en busca de lord Wellington adondequiera que se encontrara, y de darle una batalla decisiva con fuerzas que no dejaran indecisa la victoria. A tales condiciones se ahorraría el contratiempo de abandonar Madrid, cosa que importaba mucho más que la conservación de Sevilla ó Granada. No obstante, lord Wellington se hallaba entre José y el ejército de Portugal, libre de elegir entre la persecución del ejército vencido ó la entrada triunfal en la capital española, y verdaderamente se ignoraba á qué daría la preferencia. Si se decidía á marchar sobre la corte de Madrid, era evidente la necesidad de evacuarla pronto, pues no podía el mariscal Soult llegar á tiempo de salvarla.

Muy luego los movimientos de lord Wellington dispararon estas tristes dudas. Después de perseguir algunos días al ejército de Portugal y de ponerle fuera de juego, se detuvo en las inmediaciones de Valladolid, y retrocedió camino para marchar sobre la capital española. Sin embargo del efecto moral inmenso que debía producir al ocuparla, quizá pudiera adoptar mejor partido, pues dedicándose á perseguir al ejército de Portugal sin tregua, en el estado de fatiga, de despecho, de rebeldía moral en que se hallaba, es muy dudoso que el general Clausel, á pesar de su vigor y de su aplomo, alcanzara á preservarle de total ruina. No acudiera el ejército del Norte sino para sucumbir á su turno, y quedando destruída toda fuerza organizada entre Madrid y Bayona, el ilustre capitán inglés diera buena cuenta del resto por ser poco presumible que encontrara en ninguna parte los ejércitos que ocupaban al Mediodía

de la península reunidos en tiempo oportuno. Sin duda alguna, si Napoleón se hallara en situación semejante, á la vuelta de dos meses librara de franceses á España. ¡Tal es la diferencia entre el genio y el simple buen sentido! Pero el buen sentido se compensa con tantas otras ventajas que conviene guardarse bien de buscarle errores.

También hay que perdonar las debilidades aun á los más sólidos caracteres. Lord Wellington, juicioso como era en alto grado, ocultaba debajo de una reserva tranquila una vanidad poco ordinaria. A sus ojos tenía un atractivo irresistible entrar en Madrid triunfalmente, y resolvió causar á José el daño que más había de dolerle, aun cuando no fuera el más grande. Ostensiblemente dirigióse lord Wellington hacia Madrid desde el 10 de agosto. Tan luego como esta marcha del ejército inglés fué conocida, afectóse José profundamente y con fundamento, pues cuantos partidos quedaban á elección suya, se resentían de funestos y graves. Quizá conviniera replegarse sobre la Mancha, pudiéndose liasonjear de encontrar al mariscal Soult de vuelta de Sevilla, como que, si el ejército del centro se juntara al de Andalucía, se estuviera en aptitud de dar á lord Wellington una batalla y de disputarle la capital española. No obstante, aun en este caso, extraña situación fuera la de dar batalla á un ejército victorioso, teniendo, si sufríamos una derrota, el Mediodía de España y el mar á la espalda, es decir, un abismo. De consiguiente este partido era muy peligroso, y tampoco había para qué examinarlo formalmente, pues no se podía suponer al mariscal Soult en camino y en plena ejecución de las órdenes comunicadas. Así había que optar entre ir á incorporarse al mariscal Soult en Sevilla ó al mariscal Suchet en Valencia. Entre estas dos determinaciones, la elección no era dudosa. Además de que Sevilla era la más lejana de las provincias españolas, no estaba en comunicación alguna con Francia, al par que Valencia se hallaba en fácil y segura relación con los Pirineos por Tortosa, Tarragona, Lérida y Zaragoza. A mayor abundamiento se tenía la evidencia de encontrar allí un país rico, sumiso, perfectamente administrado, y una acogida amistosa, no habiendo cesado de ser excelentes las relaciones entre el mariscal Suchet y su monarca. Finalmente, existía otra razón decisiva del todo, y era la posibilidad de llevar el ejército de Andalucía á Valencia, á la par que pecara de insensata la pretensión de conducir el ejército de Aragón á Sevilla, pues, prescindiendo de la pérdida de Aragón y Cataluña, que daría por resultado, se separarían las fuerzas todas para siempre de Francia.

Con tan sesudo consejero como el mariscal Jourdan, mal podía titubear el rey José respecto de la conducta que debía seguir en semejantes circunstancias. De consiguiente se encaminó sobre el Tajo, tomando la dirección de Valencia, y variando las órdenes expedidas al mariscal Soult anteriormente, le prescribió que fuera á unirsele por Murcia. Pero había que abandonar á Madrid y este era un partido extremadamente doloroso. En medio de esta España, sublevada entera en su contra, había hallado José cierto número de españoles, y algunos de nota por el nacimiento y la fortuna, que ora por amor á su persona dulce y atractiva, ora por ahorrar á su país una guerra espantosa, ora en fin por el con-

vencimiento de que toda civilización había venido á España con las dinastías extranjeras, se declararon parciales suyos. Muchos empleados de orden inferior había igualmente, que, habituados á la obediencia, continuaron á su servicio. Éstos, á quienes se conocía con el nombre de *afrancesados*, se hallaban en Madrid sobre todo, y no subían á menos de diez mil individuos de ambos sexos y de todas edades. ¿Cómo abandonar estos infelices á la ferocidad de los españoles, ferocidad que es fuerza decir que igualaba á su patriotismo, y que no haciendo gracia á nuestros heridos y enfermos, aún perdonaría menos á sus compatriotas acusados de traidores? Dejarlos, equivalía á condenarlos á muerte: llevarlos consigo en el mes de agosto por entre las llanuras de la Mancha y los estériles montes de Cuenca, también equivalía á condenarlos á morir de hambre. Cruel era la alternativa, y sin embargo, como siempre se aspira á evitar el peligro más cercano, al primer rumor de evacuación quisieron partir todos.

Se reunieron cuantos carruajes de todas especies fué posible, y lo menos dos mil empezaron á salir de la capital de esta suerte el 10 de agosto, escoltados por el ejército del centro. Juntos con las tropas formaban una masa de cerca de veinticuatro mil individuos, provistos la mitad de armas y muy pocos de comestibles. José ofrecióles el solo consuelo que estaba en su mano, colocándose en medio de ellos para compartir sus infortunios. Llegado á las márgenes del Tajo, hacia Aranjuez, quiso averiguar si marchaba sobre Madrid todo el ejército anglo-portugués ó un simple destacamento de una ó dos divisiones, pues en este último caso podía disputar la capital ó al menos no alejarse mucho, y esperar en el contorno la llegada del ejército de Andalucía. El general Treillard, jefe de una excelente división de dragones, fué el encargado de reconocer el ejército inglés para asegurarse de la realidad de las cosas. Ejecutólo en las inmediaciones de Majadahonda, á orillas del torrente de Guadarrama, con tanta oportunidad y energía, que dispersó la vanguardia inglesa, cogiéndola cuatrocientos hombres y tres piezas de artillería. No dejando ninguna duda los informes de los oficiales ingleses acerca de la presencia de lord Wellington en las puertas de Madrid con todas sus tropas, adoptóse al fin el partido de marchar por el camino de Ocaña, de Albacete y de Chinchilla sobre Valencia. Aún se dejaban en Madrid muchos enfermos y heridos. Se les juntó en el Retiro, fortificado contra las guerrillas y el pueblo de Madrid ya hacía largo tiempo, bien que no contra los ataques de un ejército regular, y situóse allí una guarnición de mil doscientos hombres á las órdenes del coronel Laffond. Mil doscientos hombres sacrificados eran éstos, pues por descuido del estado mayor de José, ni aun se había adquirido la certidumbre de que el pozo del Retiro tuviese agua. Con todo, estos mil doscientos hombres iban á prestar un servicio importante, el de salvar algunos miles de enfermos y heridos del fuego de los guerrilleros, para entregarlos á los ingleses, que, portándose como cumple á una nación civilizada, respetaban y hacían respetar á los hombres desarmados.

Abandonado fué el Tajo hacia el 15 de agosto con un calor sofocante y con muy escasos recursos. Este viaje debía ser y fué sumamente penoso. Centenares de

familias, algunas acomodadas, si bien las más de ellas viviendo en Madrid de sus sueldos, y de raciones cuando faltaban las pagas, no teniendo ya este recurso en el camino, lo obstruían en carruajes mal tirados, y todas las noches tendían la mano á los soldados para alcanzar algunas sobras de su merodeo. Dondequiera se encontraban los moradores huídos, los graneros vacíos ó quemados, sin verse á ninguna persona que trocara por dinero un poco de pan ó de carne. En vez de habitantes se hallaban espantosos guerrilleros, matando sin piedad á cuantos se alejaban de la columna fugitiva. Por la mañana, aun sintiéndose cansados, ó enfermos, ó moribundos de hambre, no había más remedio que partir del rincón donde se había pasado la noche, si no querían morir degollados los que se detuviesen á la vista misma de la retaguardia. ¡Véase lo que ya quedaba de la dignidad real de José que se había creído tan fácil substituir á la de Carlos IV, y que ya había costado el envío de seiscientos mil franceses, de los cuales apenas se contaban la mitad vivos!

Al cabo de algunos días de tan penosa retirada, sucumbieron muchos de aquellos infelices. No pudiendo seguir cierto número de ellos, se encaminaron á las poblaciones para implorar una piedad que no obtuvieron á menudo. También desertaron bastantes españoles de los que componían la guardia de José, y al llegar á Chinchilla había disminuído mucho la gente que emprendió desde Madrid la fuga. Ocupado estaba el fuerte de aquel nombre por el enemigo y obstruía el paso. Forzoso fué girar en torno muy trabajosamente y volver al camino algunas leguas más lejos. En los confines de Valencia se hallaron las avanzadas del mariscal Suchet, y los que tuvieron fuerzas para seguir tan difícil viaje, lograron la satisfacción de verse en un país quieto, poblado, opulento y amigo. Aun cuando esta visita producía al mariscal Suchet muy pesadas cargas, recibió con anhelo respetuoso al rey visitante, y con cierta especie de fraternidad á la tribu fugitiva que le seguía.

Envanecerse podía el mariscal de enseñar á sus compatriotas aquel bosquejo de la guerra bien hecha y de la conquista bien administrada. Introdujo al rey José en Valencia, le proporcionó una acogida infinitamente mejor que la tuviera en Madrid nunca, y prodigó á cuantos le acompañaban la abundancia de sus almacenes. Ya había enviado á Madrid más de cinco millones en numerario: además pagó el sueldo á las tropas del ejército del centro, vistió á las que lo necesitaban, y proporcionó techo y víveres á todos los afrancesados. Éstos se dieron por felices al ver al cabo en Valencia á compatriotas suyos sometidos á la nueva dinastía, pues en ellos encontraban tanta excusa por su adhesión á José, como simpatías de resultas de su miseria. Se había entrado el 1.º de septiembre en Valencia, y resolvióse esperar allí con descanso y cierta especie de bienestar la llegada del ejército de Andalucía.

Aunque al mariscal Soult repugnase mucho abandonar el territorio de su mando, ya no podía negarse á evacuarlo más tiempo. No habiendo querido debilitarse en favor del ejército de Portugal durante algunas semanas, perdió la única manera de mantenerse en Andalucía. Permanecer allí fuera exponerse á la suerte del general Dupont. Retirarse sobre Valencia le convenía más que retirarse sobre la Mancha, pues así evitaba al

ejército de los ingleses, ignorando su Marcha y su fuerza: además iba á tierra amiga, sosegada y provista de recursos de todas clases. Así espontáneamente pensaba en tomar este camino, cuando le llegaron órdenes recientes de José que se lo prescribían de igual modo, y por tanto esta vez fué fácil la obediencia. Con todo, no sin muchas zozobras se iba á hallar en presencia del rey de España y de los dos mariscales, jueces y muy competentes de los últimos acontecimientos. Su parte en los infortunios que acabábamos de padecer no era la más pequeña. Sin duda el general Caffarelli se había alarmado fuera de sazón á la vista de algunas velas inglesas: después de hacer cuanto pudo para obligar á los generales franceses á que se prestaran mutuo auxilio, cometiéndole el rey José la falta de salir de Madrid ya tarde, y la mayor aún de avisar tardíamente su salida: también el mariscal Marmont había incurrido en el yerro de maniobrar imprudentemente ante un enemigo sagaz y resuelto, y con su ligereza comprometió al ejército de Portugal de una manera grave; pero ¡cuánta parte cabía al mariscal Soult en tales infortunios, siendo así que, á pesar de reiterados anuncios y de indicios muy marcados, se había obstinado en creer que lord Wellington marcharía sobre Andalucía y no sobre Castilla la Vieja, y rehusado todo socorro al ejército de Portugal, de quien había recibido tantos servicios, y no sólo rehusado socorrerle, sino desobedecido á José, que era su jefe militar, y desobedecido sin la excusa que en rarísimos casos puede justificar la desobediencia, la de tener razón contra un jefe que se engaña! Embarazoso era explicar tales actos á los ojos de José y de los dos mariscales, que lo habían visto y sabían todo. Sin embargo, había un tribunal más temible que el que el mariscal Soult iba á hallar en Valencia, y era el tribunal de Napoleón, que, si guardó silencio sobre el asunto de Oporto, podía muy bien no guardarlo sobre los sucesos recién consumados de Castilla. ¿De qué modo juzgaría todo lo acontecido, con especialidad si se llegaba á perder España, como era probable, de resultas de la gran refriega de Salamanca? Una singular excusa había discurrido el mariscal para explicar su desobediencia. Supuso que José no le expidió las órdenes, á cuya ejecución se había negado, más que por virtud de una connivencia secreta con Bernadotte, de quien era pariente, con los ingleses y los rusos, de quienes figuraba como cómplice, de suerte que se había hecho no menos que traidor á Francia y á su hermano. Para admitir suposición semejante se fundaba el mariscal Soult en que, al decir de los periódicos ingleses, Bernadotte había tomado muchos centenares de españoles á su servicio; en que el embajador de José había permanecido en Suecia, en que Moreau había llegado de América á Suecia, etc... Agregando á todos estos hechos el parentesco de José, que era cuñado de Bernadotte, se creía autorizado para suponer que José había entrado en una conspiración contra Francia, que el primer acto de esta conspiración era el abandono de España, y que el primer paso en esta vía criminal era la orden de evacuar á Andalucía.

Una vez posesionado del espíritu desconfiado del mariscal esta concepción extravagante, le pareció deber suyo comunicarla al emperador, y consignóla en un despacho dirigido al ministro de la Guerra, que, para mayor seguridad, entregó al capitán de un buque mercante

encargándole que lo llevara á uno de los puertos franceses del Mediterráneo.

Expedido al emperador este despacho, respondió el mariscal Soult al rey José, y persistiendo en sostener ante el monarca que, en vez de concentrarse hacia las provincias del Norte, valiera más que se metiesen todos en las del Mediodía, y atrajesen allí la guerra, y rehiceran de este modo la fortuna de la nueva dinastía, añadía, no obstante, que, deferentísimo á las órdenes reales, iba á juntar sus tropas desparramadas y á dirigirse por Murcia al reino de Valencia. Efectivamente, después de destruir ó de arrojar al mar el inmenso material tan laboriosamente reunido en las líneas de Cádiz, después de formar un gran convoy de municiones, de víveres y de bagajes, llevando consigo cuantos enfermos y heridos podían ser trasladados, fiando los otros á la humanidad de los habitantes de Sevilla, empezó el mariscal su retirada el 25 de agosto y tomó el camino de Murcia. Naturalmente la porción de sus tropas que estaba en Granada debía ser recogida al paso; la que á las órdenes del conde de Erlón ocupaba inútilmente la Extremadura, hubo de bajar á las márgenes del Guadalquivir, de remontarlo por Córdoba hasta Baeza, y de incorporarse en Huescar á la principal columna. Aunque á esta evacuación acompañasen menos miserias que á la de Madrid, por causa de la estación, del país, de la muchedumbre de hombres y de efectos que arrastraba el ejército detrás de su huella, también fué triste y señalada por muchos padecimientos. Finalmente, á últimos de septiembre las avanzadas del mariscal Soult descubrieron á las dos mariscales Suchet en las inmediaciones de Almansa, y experimentaron al verlas un verdadero gozo, pues, considerándose los franceses como destinados á perecer hasta el postrero en aquellos climas lejanos y temibles, no se encontraban, ni aun los más habituados á los padecimientos, sin estrecharse en los brazos y dar muestras de la emoción más viva.

Durante este mes de septiembre recogió vagamente José el rumor de la llegada próxima del mariscal Soult, y aguardaba con impaciencia el pormenor de su marcha y la exposición de sus proyectos. De repente supo que el capitán de un buque mercante, portador de pliegos franceses, acababa de tocar en el Grao de Valencia, y pedía que se le descargase del depósito recibido, á causa de perseguirle con ardor los ingleses. José apresuróse á tomar aquellos despachos y á abrirlos para saber lo que revelaban sobre Andalucía, y sorprendióse lo indecible al leerlos y al verse denunciado por el mariscal Soult como traidor á su familia y á su patria. Ocioso fuera explicar el sentimiento que experimentó de resultas, pues se halla al alcance de todos. Por su resistencia, por su orgullo de mayor en edad, y sobre todo por la libertad de lenguaje permitida á la corte de Madrid, había desagradado á su hermano hasta el punto de ser condeñado siempre, aun cuando la razón estuviera de su parte. Sin embargo, su adhesión á él no daba lugar á dudas, y abrigaba el convencimiento de que de todos modos á Napoleón debían sus hermanos la fortuna, y de que, si la pagaban á caro precio, la verdad era que no podían salvarla sino ayudándole á salvar la suya propia. De manera que si la traición debía tener cabida en algún individuo de la familia de Bonaparte, no era por cierto en el que se ceñía la corona de España. No disimuló

éste su indignación profunda, y sin demora hizo partir al coronel Desprez á Moscou, para que entregase á Napoleón aquel tejido de invenciones extrañas y le pidiese que le desembarazara y le vengara al mismo tiempo del jefe del ejército de Andalucía. Ardua tenía que ser de consiguiente la próxima entrevista con el mariscal Soult y hasta borrascosa.

Impaciente José de verle, y sobre todo de tener bajo su mano al ejército de Andalucía, fué á su encuentro, y citóle para Fuente la Higuera en la frontera de Murcia. A los mariscales Jourdan y Suchet llevaba consigo. No obstante, accediendo á los deseos de éstos, que temían asistir á una penosa escena, determinóse á recibir al mariscal Soult á solas, y le sorprendió desagradablemente al demostrarle que había leído los despachos dirigidos al emperador. Cuando menos este descubrimiento ofrecía una ventaja, la de que el mariscal, de quien José tenía motivos para quejarse, aspiraba á redimir sus errores con más obediencia. A la sazón era lo único que deseaba alcanzar el monarca, y después de una explicación viva, trató de acordar en una conferencia con los tres mariscales un plan de campaña atinado, para hacer expiar á los ingleses su triunfo reciente con la reunión de todas las fuerzas francesas. Aunque, ya evacuada Andalucía, pareciese rota la cadena que tuvo avasallado al mariscal Soult á un objeto exclusivo, y debiese por tanto mostrar libre su juicio, no hubo posibilidad de hacerle emitir su dictamen inteligible y adaptado á la situación presente. Por embarazo, ó por enojo, rehusaba explicarse á las claras sobre el plan que debía seguirse, y sólo daba á entender que, lejos de incorporar su ejército á los otros, se debieran incorporar los otros al suyo, para dirigirse adonde fuera de su agrado. Por su parte el mariscal Suchet parecía dominado por el deseo de conservar á Valencia. A impulsos de su buen seso y exento de miras particulares, se atenía Jourdan á un término medio. Queriendo salir José de este caos y que emitiera su opinión cada uno, dirigióse primero al mariscal Soult para saber lo que pensaba en definitiva. Éste se limitó á pedirle órdenes por toda respuesta, manifestando que no se podía determinar á emitir su dictamen más que por escrito. Adoptado este método, al día siguiente presentó al rey cada uno de los mariscales una Memoria sobre la manera de reparar el desastre de Salamanca.

El mariscal Soult proponía reunir al ejército de Andalucía todo el del centro y parte del de Aragón, y marchar con esta masa de fuerzas sobre el Tajo y Madrid por la Mancha. En su Memoria alegaba el mariscal Suchet contra este plan muy fuertes objeciones. No disponiendo más que de trece ó catorce mil hombres de tropas activas, con los cuales debía hacer cara al ejército de Murcia, que estaba en Alicante, y al de los anglo-sicilianos, que amenazaba desembarcar en Tarragona, le era imposible destinar menos de seis mil soldados á la custodia de Valencia y de los puestos principales de San Felipe de Játiva y de Sagunto. De consiguiente, para unirlos al ejército común no le quedaban más que ocho mil hombres, y todo inducía á creer que, partidos éstos, no se podría conservar el reino de Valencia. Así por tan débil refuerzo se arriesgaban la pérdida de aquel territorio, sus abundantes recursos, la ventaja de mantener alejados de Cataluña y de Aragón á los ejércitos